

El conflicto del Sáhara Occidental. *Intifada* en los territorios ocupados

Rosa Meneses

Periodista de El Mundo especializada en Magreb y Oriente Medio



Las violentas confrontaciones que estallaron en El Aaiún en noviembre de 2010 han vuelto a poner en el mapa de los conflictos olvidados al Sáhara Occidental. Estancado durante décadas, el contencioso entre Marruecos y el Frente Polisario sigue estando vivo y necesitado de una solución justa y duradera. El fracaso de las negociaciones y la violencia con que las autoridades marroquíes reprimen cualquier atisbo de levantamiento popular —incluso si sus razones son más sociales que políticas o nacionalistas— demuestra que Naciones Unidas no puede dejar de lado este problema si quiere un Magreb estable y democrático. En el marco de la ola de contestación popular que se desató a principios de 2011 en todo el norte de África, los disturbios de El Aaiún demuestran, además, que el problema del Sáhara Occidental mantiene su potencial de violencia en la zona.

Los disturbios de Gdeim Izik

En la ciudad de El Aaiún, dentro del territorio del Sáhara Occidental ocupado por Marruecos, fue desmantelado de forma violenta un campamento de protesta para pedir mejoras sociales. En la mañana del 8 de noviembre, a pocos kilómetros de la capital de la región, las fuerzas de seguridad marroquíes arrasaron las tiendas y expulsaron a los 20.000 saharauis que habían formado el campamento de Gdeim Izik. Llevaban más o menos un mes acampados para pedir a las autoridades marroquíes que se pusiera fin a la marginalización de los saharauis en su propia tierra. Otras demandas eran trabajo y viviendas dignas. Los acampados se quejaban de que, aunque originarios del Sáhara Occidental, eran continuamente discriminados por las autoridades marroquíes, que obraban en favor de los ‘colonos’ (marroquíes venidos del norte del país y que se benefician de subsidios, trabajo y vivienda). Los saharauis también esgrimían que, aunque su región es rica en recursos naturales (bancos de pesca y fosfatos), el Gobierno marroquí no les hacía partícipes de esas riquezas con mejoras socioeconómicas.

El estallido contestatario en El Aaiún obedece al estancamiento del conflicto y a la frustración de los saharauis después de más de 35 años esperando una solución que no llega

Según las autoridades marroquíes, el campamento fue levantado sin permiso y era, por tanto, ilegal. Afirmaron, además, que se vieron obligadas a actuar porque tenían información de que algunas personas estaban allí contra su voluntad, “secuestradas” por milicias armadas (Romero, 2010). Aunque el Gobierno de Rabat mostró vídeos a los periodistas que avalaban su tesis, organizaciones humanitarias como Amnistía Internacional (AI) —que llevó a cabo una investigación sobre el terreno poco después de los hechos— “no encontraron evidencias que sostengan la idea del Gobierno de que los acampados estaban allí contra su voluntad” (Amnistía Internacional, 2010).

El desmantelamiento de Gdeim Izik se produjo, según AI, con “extrema violencia”. También hubo una “seria resistencia” por parte de los saharauis, que dio como resultado la muerte de nueve miembros de las fuerzas de seguridad marroquíes. La violencia se trasladó del campamento desmantelado a la ciudad de El Aaiún. En los días siguientes, se registraron enfrentamientos entre saharauis y marroquíes, saqueos e incendios de edificios públicos, asaltos a casas privadas y dos centenares de detenciones de saharauis —que fueron brutalmente torturados durante varios días (Human Rights Watch, HRW, 2010)—. Dos gendarmes marroquíes más murieron durante estos episodios. Por la parte saharauí, las organizaciones internacionales han documentado dos muertes, cuyas circunstancias aún no han sido aclaradas. Las indagaciones de AI y de HRW confirman las cifras oficiales de muertos facilitadas por las autoridades marroquíes. Aunque los saharauis hablaron de decenas de muertos y desaparecidos, ninguna organización ni medio de comunicación ha podido demostrar este extremo.

Un conflicto olvidado

El estallido contestatario en El Aaiún obedece al estancamiento del conflicto y a la frustración de los saharauis después de más de 35 años esperando una solución que no llega. El contencioso del Sáhara Occidental es un anacronismo en el siglo XXI. Un problema de descolonización aún pendiente que se complica con la ocupación del territorio por parte de otro país. Sus reservas pesqueras y sus minas de fosfatos, así como la posible existencia de yacimientos petrolíferos en su territorio, alimentan la codicia de sus vecinos. Antigua colonia española, el Sáhara Occidental es el último territorio del continente africano que todavía aguarda su descolonización. Los saharauis llevan más de tres décadas exigiendo un referéndum de autodeterminación que, en cumplimiento de la Resolución 1514 de la Asamblea General —de la que en diciembre de 2010 se cumplieron 50 años— debería garantizar sus derechos como pueblo colonizado.

La presencia española en el Sáhara Occidental se remonta al año 1884, cuando se establecieron las primeras factorías pesqueras en la costa y puestos de importancia estratégica para proteger el flanco de las islas Canarias. Durante estos años de colonización, las tribus nómadas que vivían en las yermas tierras del desierto del Sáhara Occidental fueron formándose una conciencia nacional que desembocaría en la creación del Frente de Liberación del Sáhara, en 1968. Es éste el precursor del nacionalismo saharauí y el antecedente del Frente Polisario, creado en 1973 y que desde entonces lidera la lucha de este pueblo en el camino a su autodeterminación.

Dentro del proceso de descolonización que se estaba desarrollando en África, Asia y América, Naciones Unidas pide a España en 1965 que desaloje el Sáhara Occidental. No fue hasta diciembre de 1973 cuando Madrid comienza a preparar su retirada. El 20 de agosto de 1974, el Gobierno del general Francisco Franco anuncia que en los seis primeros meses de 1975 se celebraría un referéndum de autodeterminación, siguiendo los dictados de la ONU.

En respuesta a los planes de España, Marruecos, que ya había manifestado su interés por anexionarse el territorio, solicitó al Tribunal Internacional de Justicia (TIJ) de La Haya un dictamen acerca de sus derechos de soberanía. La sentencia del TIJ, conocida el 16 de octubre de 1975, niega a Rabat su pretensión de anexionarse el Sáhara Occidental. Sin embargo, el rey Hasan II, haciendo una lectura parcial del veredicto, lanza el 6 de noviembre de ese año la Marcha Verde: una multitudinaria invasión de la zona, valiéndose de 300.000 civiles. Días después, el 14 de noviembre, el Gobierno de un agonizante Franco cede a las presiones y entrega el territorio a Marruecos y Mauritania mediante los Acuerdos Tripartitos de Madrid. Rabat ocu-

pa la parte norte del territorio, mientras que Mauritania se adueña del sur. La mayoría de la población saharauí huye de la ocupación y la ofensiva del Ejército marroquí y se interna en el desierto argelino. Comienza una guerra que enfrenta al Frente Polisario con sus dos vecinos. Los violentos combates se desarrollan hasta 1991, fecha en que se firma un acuerdo de alto el fuego. Antes, en 1976, Mauritania decide retirarse del territorio, derrotada por la guerrilla del Frente Polisario. Su parte es reocupada por Rabat.

La tregua establecida en 1991 debía conducir a la celebración de un referéndum de autodeterminación al año siguiente. Para elaborar un censo de votantes que actualizase el español (que data de 1974) se creó la Misión de la ONU para el Sáhara Occidental (MINURSO), que aún continúa desplegada en el territorio y realiza también labores de supervisión del alto el fuego. Sin embargo, desde entonces, Marruecos obstaculiza el proceso, contra el que llegaron a presentar cientos de miles de apelaciones a la lista de votantes elaborada por la MINURSO.

Pese a la firma, en 1997, de los Acuerdos de Houston, en los que se alcanza un compromiso sobre la identificación de los votantes, el conflicto se estanca de nuevo en 1999. Se crea una situación de no-guerra y no-paz. El censo de votantes para el referéndum queda enmarañado y la muerte del rey Hassan II, el 23 de julio de ese año, deja el proceso en suspenso, entre la esperanza de una nueva visión y el miedo a que los compromisos asumidos por el monarca —entre ellos, el referéndum— sean borrados por su sucesor, Mohamed VI.

Es un periodo en que la misión de paz de la ONU en el Sáhara Occidental corre el constante riesgo de verse suspendida. Pende sobre ella la amenaza de una vuelta al conflicto armado. Todo ello, pese a gestos como el del Frente Polisario, que liberó en agosto de 2005 —bajo la supervisión del Comité Internacional de Cruz Roja y la mediación de Estados Unidos— a los últimos prisioneros de guerra marroquíes que tenía en su poder. La decisión no tuvo contrapartida por parte de Rabat, aunque el monarca, Mohamed VI, anunció un plan para dotar a la región de una autonomía dentro de Marruecos.

La muerte de Hasan II entierra, pues, el referéndum. No fue una sorpresa cuando esta opción —por la que los saharauis deben elegir entre la independencia o la integración en Marruecos— se fue convirtiendo a partir del año 2000 en una posibilidad “cada vez más remota”, como reconoció el entonces secretario general de Naciones Unidas, Kofi Annan.

El último intento de conseguir una paz negociada data de principios de la década pasada, cuando el enviado especial de Annan en la zona, el estadounidense James Baker, propuso un plan que concedía

*La muerte de
Hasan II entierra
el referéndum. El
secretario
general de la
ONU dijo en 2000
que su
celebración era
una posibilidad
muy remota*

una amplia autonomía a la región durante un periodo transitorio de cinco años, tras el que habría de celebrarse un referéndum de autodeterminación que incluyera a saharauis y colonos marroquíes. El Frente Polisario aceptó el llamado Plan Baker. Sin embargo, Marruecos lo rechazó alegando que no estaba dispuesto a que en la votación se contemplase la opción de la independencia del territorio. Después de dos planes de Baker que dibujaban una solución y el muro de rechazo de Rabat, el enviado especial dimitió en 2004.

El cambio de enviado especial vino marcado por un cambio de era en las relaciones internacionales. Nos movemos ya en el escenario post 11-S, tras los atentados terroristas de Casablanca (2003). Marruecos es ahora un aliado estratégico de Estados Unidos y obtiene el estatus de principal aliado de Estados Unidos fuera de la OTAN (Mundy, 2007). Para el Polisario esto significa que la estrategia de llegar a la independencia a través de un referéndum ha quedado agotada. La gestión del conflicto en las manos de los siguientes enviados especiales evoluciona ahora hacia la llamada 'tercera vía': negociaciones directas entre Marruecos y el Polisario.

Descontento en Tinduf, *Intifadas* en los territorios ocupados

El derecho al referéndum sigue siendo el principal 'alimento' del pueblo saharauí en el exilio. Más de 200.000 personas sobreviven desde hace treinta y cinco años en campamentos de refugiados cerca de la ciudad argelina de Tinduf, en pleno desierto. Desde el 27 de febrero de 1976, existe una autoproclamada República Árabe Saharaí Democrática (RASD), que da cobertura estatal a los refugiados. Viven sin agua corriente ni electricidad, dependientes de la ayuda internacional y en condiciones cada vez más precarias. Aunque la RASD tiene estructuras de gobierno y el Frente Polisario celebra periódicamente sus congresos para renovar la cúpula dirigente, la propia precariedad social y económica de la RASD impide que exista una verdadera alternancia política (HRW, 2008). Desde 1976, Mohamed Abdelaziz es presidente del Polisario y presidente de la RASD, al mismo tiempo.

En el plano social, el descontento crece entre los jóvenes refugiados, sin trabajos, sin perspectivas. Hay toda una generación que ha nacido en los campamentos de Tinduf y que no conoce su tierra más que por los relatos de sus padres. Sin embargo, aunque Marruecos ha intentado agitar el fantasma del radicalismo islámico, los saharauis no parecen haber tomado este camino. Ningún informe oficial relaciona al movimiento independentista con Al Qaeda ni con su rama implantada en el Sahel. El propio coordinador del Departamento de Estado de Estados Unidos para la Lucha Antiterrorista, Daniel

Benjamin, confirmaba a finales de 2010 que no existen elementos de Al Qaeda en el Magreb Islámico e incidía en que este grupo no tenía una agenda para implantarse en el territorio del Sáhara Occidental (Meneses, 2010b). Los saharauis a veces, curan el exilio con más exilio: estableciéndose en España o Mauritania, países con quienes mantienen evidentes lazos. En los últimos años ha empezado un éxodo con cuentagotas de personas y familias que vuelven a los territorios ocupados por Marruecos. Según las autoridades marroquíes (Lake, 2010), 1.500 saharauis de Tinduf retornaron al Sáhara Occidental en 2010.

Mientras, en la parte anexionada, la situación es cada vez más explosiva. Desde la última década los saharauis han emprendido una serie de *Intifadas* (en árabe, levantamiento), con manifestaciones pacíficas contra la represión que Rabat ejerce en la región. En 1999 y 2005 se registraron dos revueltas que ya fueron aplastadas por las fuerzas de seguridad marroquíes y las políticas de represión. El último ejemplo de que el descontento social puede ser el camino que lleve a los saharauis a protestas de corte más ideológico e incluso nacionalista es el de El Aaiún en noviembre de 2010.

Si la protesta de Gdeim Izik comenzó siendo socioeconómica, la cuestión política llegó después, cuando la represión marroquí se hizo efectiva

La población local está en minoría en su propio territorio —más de 300.000 colonos marroquíes se han instalado en la zona, con ventajas sociales facilitadas por el Gobierno marroquí— y sufre la discriminación, el paro, la pobreza, el desarraigo y la vigilancia constante de las fuerzas de seguridad marroquíes. Desde que comenzaron las *Intifadas* varios activistas han muerto y decenas de militantes a favor de los derechos humanos han sido encarcelados y torturados. La región se encuentra bajo el bloqueo de las fuerzas de seguridad, que imponen toques de queda y reprimen brutalmente toda protesta.

No hay indicadores que nos permitan medir las condiciones socioeconómicas en el Sáhara Occidental. Las estadísticas oficiales no consideran esta región de forma separada de Marruecos, por lo que es difícil establecer comparaciones. Según una encuesta gubernamental, el desempleo en la región formada por las wilayas (provincias) de Oued ed-Dahab, La Güera y El Aaiún (que cubren más o menos el territorio objeto de estudio), el paro alcanzó el 13,7% en 2009. Pero, una vez más, no se diferencia a los colonos de la población local. Hay que decir que la tasa nacional de desempleo era ese año del 12,5%. Fuentes del Frente Polisario elevan este porcentaje al 70% en la población saharauí de los territorios ocupados. Aunque pueda estar exagerada, la cifra ilustra que la falta de trabajo es uno de los problemas más acuciantes que acosan a los saharauis.

Si la protesta de Gdeim Izik comenzó siendo socioeconómica, la cuestión política llegó después, cuando la represión marroquí se hizo efectiva. En el campamento no hubo ni una sola proclama nacio-

nalista, ni siquiera una bandera del Frente Polisario. Los líderes de la protesta eran activistas sociales, sindicalistas y militantes de los derechos humanos. Aminetu Haidar, símbolo de la lucha política de los saharauis bajo la ocupación marroquí, no participó en el campamento precisamente para no darle un tinte político. Sin embargo, éste vino más tarde, provocado por la respuesta marroquí contra las voces disidentes y el bloqueo a los medios de comunicación y organizaciones internacionales.

La protesta de 2010 era, por tanto, eminentemente social (como ya ocurrió en 1999 y en 2005), pero la represión marroquí agudizó el carácter político y puso de manifiesto una fuerte división entre saharauis y colonos en el territorio. El sentimiento nacionalista entre los saharauis se reforzó como consecuencia de estos acontecimientos. Algunos sectores de la sociedad saharauí tradicionalmente colaboracionistas con las autoridades marroquíes (como los jefes de tribu, *chiu*) comenzaron a mostrarse más críticos con la postura de Rabat (Meneses, 2010a) y se hicieron eco de los abusos cometidos por parte de las fuerzas de seguridad.

Esta fractura muestra que el conflicto está entrando en una nueva fase. En ella, la población saharauí que vive en el territorio anexionado por Marruecos tiene cada vez más protagonismo en el conflicto. Algunos de sus líderes no tienen vínculos con el Frente Polisario, manteniendo un aura de independencia. A medida que el conflicto evoluciona por esta vía, la población saharauí tiene un sentimiento nacionalista cada vez mayor. Las protestas y la respuesta de Marruecos son cada vez más violentas, lo que refleja que nos enfrentamos a un conflicto creciente y no lo contrario.

En este contexto, los saharauis y sus dirigentes en el exilio adquieren un segundo plano. El Frente Polisario no organizó ni formó parte en las protestas de El Aaiún, pero sí que jugó un papel de denuncia y de transmisor de información (aunque no siempre contrastada) sobre las torturas y las detenciones. Marruecos bloqueó durante semanas el acceso a los periodistas independientes, especialmente a los medios españoles.

Escenarios de futuro: Un nuevo papel para la Minurso

La dicotomía del Sáhara Occidental —independencia o integración en Marruecos— es reconocida por el Frente Polisario pero no por Rabat. La postura del reino sólo pasa por dotar a la región de una autonomía limitada —en el reino no existe esta división territorial, ya que Marruecos es un Estado centralista—, consumando la ocupación que ya ejerce desde 1975. La monarquía ya no contempla ni el referéndum ni una solución intermedia que satisfaga a ambas partes.

Si los ‘ojos’ de la ONU son anulados a merced de una de las partes, ¿de qué sirve tener una misión que cuesta cuarenta y cuatro millones de euros al año?

Veamos las opciones de la autonomía. Muchos analistas han especulado con que el modelo español de Estado de las autonomías pueda servir a Marruecos para construir un Estado donde quepan los saharauis y sus voces. Sin embargo, esta alternativa nunca se ha llevado a la práctica más allá de las teorías dibujadas por Mohamed VI en sus discursos y de los Consejos Reales creados *ad hoc*. Marruecos nunca ha hecho gestos para dotar a los saharauis de capacidades de decisión y crear las circunstancias para que este pueblo no se sienta incómodo dentro del reino. La estrategia marroquí no ha sido de acercamiento sino de imposición a la fuerza y cooptación de élites.

No está claro que las intenciones de Marruecos de dotar al Sáhara de una autonomía sean completamente sinceras. Se trata, además, de una opción peligrosa para el monarca alauí. Otorgar una autonomía real al Sáhara Occidental (que posee una etnia autóctona con su propia lengua, historia e identidad cultural, muy diferenciada de la población marroquí) abriría la vía para que otros grupos nacionales como los beréberes del norte reivindicaran para sí una fórmula idéntica. Sin embargo, la oleada de revueltas sociales en el Magreb abre la puerta para que Marruecos reflexione sobre su estrategia de democratización y, en concreto, sobre sus políticas en el Sáhara. Si quiere mantener el territorio bajo su control, tendrá que empezar a tratar bien a los saharauis. Por ahora, el Sáhara vive privado de los márgenes (aunque estrechos) de libertad que se viven en otras regiones del país. Teniendo en cuenta todo esto, hay analistas que piensan que el Sáhara es la clave de la democratización de Marruecos (López García, 2000). Crear autonomías regionales podría conferir mayor estabilidad al reino, si llegaran a prender las protestas sociales.

En el clima cuasi-bélico de noviembre y diciembre de 2010 continuaron las rondas de conversaciones entre el Polisario y Rabat auspiciadas por Naciones Unidas. Las negociaciones se llevaron a cabo de forma indirecta, conducidas por Christopher Ross, el enviado especial del secretario general de la ONU. Sin embargo, los progresos fueron nulos. Ross reconoció que el contencioso se encuentra en un “*impasse*” y que la situación era “insostenible” (Simanowitz, 2010). Después de Gdeim Izik y su dura represión, será muy difícil que Marruecos convenza a los saharauis de que les garantizará una “amplia autonomía”. El pueblo saharauí no confiará en los líderes marroquíes. Los acontecimientos de finales de 2010 van a contribuir a endurecer posturas. El Polisario, que se había mostrado dispuesto a aceptar el plan defendido por Marruecos si al final hay una posibilidad de celebrar un referéndum, tendrá que mostrar a su opinión pública que tiene una posición firme para proteger a su pueblo.

La única vía de avance posible en las conversaciones es una revisión del mandato de Minurso. La misión de la ONU se encarga de supervisar el alto el fuego y entre sus cometidos estaba el de elaborar un

censo para la celebración de un referéndum. Ahora, esta faceta está vacía de contenido. Durante la represión en El Aaiún, Marruecos impidió a los cascos azules de la ONU salir de su base y, por tanto, la Minurso ha sido incapaz de determinar lo ocurrido y dar herramientas a Naciones Unidas. “La Minurso no pudo tener acceso al lugar de los hechos por las restricciones que le fueron impuestas” (Calvo y Meneses, 2010): la consecuencia directa es que la misión de la ONU no tiene información independiente sobre lo que ocurrió en Gdeim Izik y en los días posteriores. Su informe ante el Consejo de Seguridad fue elaborado principalmente a través de vídeos colgados en YouTube (Calvo y Meneses, 2010). Si los ‘ojos’ de la ONU son anulados a merced de una de las partes, ¿de qué sirve tener una misión que cuesta cuarenta y cuatro millones de euros cada año?

En 2011, la Minurso cumplirá veinte años envuelta en una flagrante falta de legitimidad. Las violaciones de derechos humanos en el Sáhara Occidental ponen de manifiesto que se necesita un mandato adicional para que la Minurso empiece a monitorizar estos abusos, ya documentados por organizaciones como Human Rights Watch, y a velar por la protección de la población civil. El mandato de vigilancia de los derechos humanos para la Minurso en ambas partes del conflicto ha sido solicitado en numerosas ocasiones por el Frente Polisario. Marruecos rechaza esta petición. España se ha mostrado a favor de dotarle de este rol, pero Francia es el principal obstáculo. La Minurso es una de las escasas misiones de paz en el mundo que carece de este componente. Si la ONU sigue negando esta nueva dimensión a los observadores desplegados en el territorio, existe el riesgo real de que los representantes saharauis decidan congelar sus contactos con la Minurso, a modo de protesta. Si los cascos azules no son capaces de salvaguardar la vida y la integridad física de la población, la vía diplomática podría verse desplazada, lo que llevaría al colapso a todo el proceso diseñado en torno a las negociaciones de un acuerdo. Ha sido precisamente en estos últimos años —con la comunidad internacional volcada en las negociaciones— cuando se han producido los mayores retrocesos en la cuestión de los derechos humanos.

Un retorno a la guerra abierta entre el Polisario y Marruecos sería, de todos modos, improbable. En la decisión de retomar las armas por parte de los saharauis de Tinduf puede pesar mucho el apoyo de Argelia. El país norteafricano tiene, sin embargo, sus propios problemas, agravados con la ‘primavera árabe’ que ha sumergido a todas las autocracias de la región en un proceso irreversible de contestación social.

Desde que el presidente Abdelaziz Buteflika ocupa su cargo, el régimen argelino —principal apoyo militar y político del Polisario— ejerce su papel de forma cada vez más discreta. Su actual estrategia es

dejar el problema en manos del movimiento independentista, con el objetivo de contrarrestar las acusaciones por parte de Marruecos de que el conflicto ha sido “artificialmente” creado por Argelia. Si bien la cúpula del poder presenta un apoyo sin fisuras a los saharauis, en la calle la cuestión del Sáhara apenas es objeto de debate o reivindicación. Existe entre los argelinos un gran desapego y desconocimiento hacia esta causa. En el fondo, se piensa que la postura de los militares obedece al conflicto latente entre Marruecos y Argelia por la hegemonía en el Magreb.

De Timor a Sudán del Sur: La responsabilidad de España

España sigue siendo la potencia administradora del territorio del Sáhara Occidental. Aunque Marruecos invadiera la región en 1975, este hecho no lo convierte en potencia administradora. Un dictamen jurídico emitido por Naciones Unidas en 2002 —conocido como Dictamen Corell— señala que, en los Acuerdos de Madrid, España no cedió la soberanía sobre el territorio a Marruecos ni tampoco otorgó a ninguno de los países signatarios (Marruecos y Mauritania) la condición de potencia administradora.

El Sáhara Occidental es, por tanto, un “territorio no autónomo”, según define la ONU a los territorios pendientes de descolonización en virtud de la Resolución 1514, de 1960. Según este estatus, la metrópoli no puede ceder unilateralmente la administración del territorio. El dictamen elaborado en 2002 por el entonces vicesecretario general de la ONU Hans Corell indica de forma tajante que “Marruecos no figura en la lista de potencias administradoras elaborada por la ONU”. No existe ningún país ni organización del mundo que reconozca la soberanía de Rabat sobre el Sáhara Occidental. Por lo tanto, España sigue teniendo responsabilidad plena a la hora de llevar a buen término la independencia del Sáhara Occidental.

Los sucesos de Gdeim Izik han supuesto un revulsivo para sacar el conflicto del letargo en el que se encontraba. El estancamiento beneficia a Marruecos, quien se favorece del *statu quo*. Estamos, pues, ante un contencioso en el que el papel de la comunidad internacional es fundamental para su resolución. Así ha ocurrido en otros conflictos. La lección más clara y optimista para los saharauis es la de Timor Oriental, un caso que guarda grandes paralelismos con el del Sáhara Occidental. Antigua colonia portuguesa, Timor Oriental también fue calificado de “territorio no autónomo” por el Comité de Descolonización de la ONU. Cuando Portugal se retiró del territorio, el país fue invadido por Indonesia en 1975. Tras la caída del general Suharto, Indonesia acepta celebrar un referéndum de autodeterminación. Finalmente, en 1999, se puso fin a la ocupación indonesia de

Ningún país ni organización reconoce la soberanía de Rabat sobre el Sáhara Occidental. España sigue teniendo responsabilidad plena

la antigua colonia portuguesa mediante la celebración del referéndum, que trajo la independencia de la parte Este de la isla. En 2002, Timor Oriental se convirtió en el primer Estado creado en el siglo XXI. Aunque la votación se celebró en medio de un baño de sangre, la moraleja del proceso de Timor demuestra que un fiel compromiso de la ONU y de la ex potencia colonizadora (en este caso, Portugal) pueden dar como resultado la resolución de un largo contencioso por la vía legal. Sin embargo, la implicación de España en el conflicto del Sáhara no es la del compromiso con su antigua colonia. Durante los graves disturbios de Gdeim Izik, España se alineó con Rabat y rechazó condenar la violencia hasta no obtener un “informe independiente”. Después de que Human Rights Watch y Amnistía Internacional publicaran sendas investigaciones sobre lo ocurrido en El Aaiún, Madrid siguió sin reprobar la actuación de Rabat.

Más reciente y alentador es el precedente de Sudán del Sur. Tras una larga guerra con el Norte, en 2005 se firmó un acuerdo de paz que contemplaba la celebración de un referéndum de independencia. Éste se celebró entre el 9 y el 15 de enero de 2011 en lo que fue una gran lección para el mundo. El 7 de febrero se hicieron públicos los resultados de la votación: la independencia obtuvo el 98,83% de los apoyos. El nuevo país proclamará su libertad el 9 de julio de 2011. Chipre es otro caso a tener en cuenta, aunque menos alentador que el anterior. La isla, dividida desde 1974 en la zona grecochipriota y la zona turcochipriota, se sometió a un referéndum en abril de 2004, bajo los auspicios de la ONU, para decidir la reunificación del territorio antes de su adhesión a la Unión Europea unos meses después. La votación acabó con el rechazo de los grecochipriotas a unirse a la parte norte (los turcochipriotas votaron sí). Fracasada la propuesta de reunificación de la isla, la parte griega entró sola en la UE, ahondando en el aislamiento de la zona turca y aumentando el riesgo de que se perpetúe la partición de la isla.

Otros ejemplos podrían aportar un modelo para la resolución del problema del Sáhara Occidental. Uno de ellos es Kosovo, que fuera provincia del sur de Serbia poblada en más de un 80% por albaneses. Tras la intervención de la OTAN, el territorio quedó bajo la administración provisional de Naciones Unidas. En 2008, Kosovo autoproclamó su independencia de Serbia, con el apoyo de EE UU y algunos países de la Unión Europea (entre los que no está España).

Si se acepta la aplicación universal de soluciones que pasen por la negociación en el seno de la ONU, los pueblos sin Estado del mundo podrán tener nuevas esperanzas. Entre ellos, el Sáhara Occidental. La ONU debería revisar, en este caso, la maquinaria puesta en marcha desde hace décadas en el territorio, pues en las actuales circunstancias no funciona. Al mismo tiempo, la Unión Africana (organización que reconoce a la RASD como país miembro) ha de tomar un papel

preponderante en este conflicto. El conflicto del Sáhara Occidental debe dejar de ser una rutina para convertirse en un compromiso con una solución justa.

Referencias bibliográficas

Amnistía Internacional (2010), *Rights Tampled. Protest, violence and repression in Western Sahara*. [En línea]. Disponible en: <http://www.amnesty.org/en/library/asset/MDE29/019/2010/en/8ca78c77-7496-4686-b94e-4606a13bd910/mde290192010en.pdf>

Calvo, E. y Meneses, R., (2010) "La Minurso, a ciegas en el Sáhara" en *El Mundo*, 19 de noviembre de 2010.

Human Rights Watch (2010), *Western Sahara: Beatings, Abuse by Moroccan Security Forces*. [En línea]. Disponible en: <http://www.hrw.org/en/news/2010/11/26/western-sahara-beatings-abuse-moroccan-security-forces>

Human Rights Watch (2008) *Human Rights in Western Sahara and in the Tindouf Refugee Camps*. [En línea]. Disponible en: <http://www.hrw.org/sites/default/files/reports/wsahara1208web.pdf>.

Lake, A., (2010): "As dispute over Western Sahara wears on, growing numbers of refugees journey back home" en *The Washington Post*. 4 de diciembre de 2010.

López García, B., (2000) *Marruecos en trance. Nuevo rey, nuevo siglo, ¿nuevo régimen?*, Madrid, Biblioteca Nueva.

Meneses, R. (2010a) "Varios jefes de tribu se rebelan contra la impunidad de Rabat" en *El Mundo*, 24 de noviembre de 2010.

Meneses, R. (2010b) "La falsa pista de Al Qaeda", *El Mundo*, 25 de noviembre de 2010.

Mundy, J., (2007) "Western Sahara Between Autonomy and *Intifada*". Middle East Report Online. 16 de marzo de 2007. [En línea]. Disponible en: www.merip.org/mero/mero031607.html

Romero, A. (2010) "'Milicias armadas' se habían hecho con el campamento" en *El Mundo*, 17 de noviembre de 2010.

Simanowitz, S. (2010) "Boiling tensions in Western Sahara" en *The Washington Times*. 26 de noviembre de 2010.